

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Enseñanza religiosa en las escuelas y en el hogar doméstico, por D. Leandro A. Herrero.—*Setiembre*, soneto, por doña Faustina Saez de Melgar.—*La vanidad*, por D. Evaristo Fombona.—*Al porvenir*, poesía, por doña Isabel Poggi.—*La literatura en la mujer* (continuacion), *Rogelia Leon*, por doña Faustina Saez de Melgar.—*El Eco y el Malhechor*, poesía, por D. Ildefonso Llorente Fernandez.—*Mariquilla la idiota* (continuacion), novela, por doña Rogelia Leon.—*Explicacion del grabado de croquet*.—*Variedades*.

Pliego segundo del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

ENSEÑANZA RELIGIOSA

EN LAS ESCUELAS Y EN EL HOGAR DOMESTICO.

Si pudiéramos dotar al magisterio público y á las madres de familia de la ilustracion que reclama el sacerdocio que ejercen en la vida social, todos los errores y preocupaciones del viejo mundo, todos los absurdos, todas las supersticiones que se han agitado

en el crepúsculo de las conciencias se disiparian como las nieblas ante los resplandores del sol, y el alma de las generaciones nacientes se embriagaría de felicidad recibiendo en su seno el verdadero perfume del espíritu cristiano, despojado de todos los miasmas y emanaciones deletéreas que ha recogido en su tránsito por el mundo.

Es la enseñanza religiosa la que más importa al hombre recibir perfecta, porque ella es la base y fundamento del edificio de su felicidad en la tierra, porque de ella dependen la pureza de sus intenciones, el desarrollo y crecimiento de sus virtudes, su honradez, su probidad, sus instintos de justicia, en una palabra, todo lo que puede engrandecerle ó prostituirle, trasformarle en un ángel ó en un demonio, levantarle hasta el cielo ó precipitarle en el infierno.

El autor de estas líneas, que no es mogigato ni pretende hacer fortuna por el camino de la hipocresía, tiene alguna esperiencia para asegurar que la enseñanza religiosa merece la primacia entre todas las enseñanzas, y que el primer deber de las madres y de los maestros es el de conducir á la in-

fancia de la mano por entre las hermosas flores de la religion cristiana, fuente de todo bien, manantial riquísimo de ventura y alegría, y gérmen de donde brotan los más preciosos y delicados sentimientos de la naturaleza humana.

La ciencia está en saber conducir al hombre por entre esos divinos pensiles; y es en tan alto grado complicada, que aquellos que no se sientan con fuerzas bastantes para ejercerla, deben renunciar á este sacerdocio, porque los ciegos son malos compañeros de viaje, y este ofrece no pocos barrancos y escarpaduras.

Para enseñar la verdad religiosa, es preciso aprovechar la edad de la infancia, que es la de la suprema inocencia, teniendo presente que no basta depositar su divino espíritu en la memoria; sino que es preciso grabarle en los corazones, de tal manera, que deje en pos de sí una huella indeleble, así como la deja el cincel sobre el bronce.

De lo espuesto se deduce, que la verdad religiosa se ha de inspirar, mejor que enseñarse, abrazando en primer término el ejercicio del sentimiento, y en segundo, aquella práctica indispensable de la caridad y de la piedad, que despiertan el amor á las buenas obras, y acostumbra á saborear las delicias inefables y las alegrías encantadoras que proporciona la gran virtud de enjugar las lágrimas de los que lloran, y la de derramar el bien con pródiga mano entre los que saben agradecer.

La verdad religiosa es una, inmutable y eterna; y ni se debe enseñar más que la que enseñó Cristo, ni menos, teniendo presente que tanto se peca en esto por exceso, como por defectos; y que si la impiedad es un crimen abominable, el fanatismo y la supersticion son fatales vicios, que conducen con frecuencia al hombre á todos los extravíos, condenándole á arrastrar una vida infame, miserable y desgraciada.

La enseñanza religiosa tiene por principal objeto la ilustracion de la conciencia, dándola aptitud para erigirse en juez de las acciones humanas, y para mover al hombre al arrepentimiento, cuando en realidad ha sido delincuente: mas no se crea que esto se consigue fanatizándola y sometiéndola al imperio de ridiculas supercherías, porque entonces se pervierte y trastorna, es victima del frenesí, de la demencia que surgen de su temor exagerado, y, por lo mismo, no siempre que absuelva ó condene, ha de tener razon. Es este uno de los puntos más delicados

de la enseñanza religiosa, y las madres y los maestros deben estudiarle con esmerado empeño.

De los infinitos vicios que pueden afean y ennegrecer á la conciencia, dependen siempre la miseria extrema, la abyeccion profunda, el envilecimiento de ciertas almas, que buscando una perfeccion exagerada, ó pretendiendo singularizarse por escrúpulos ridiculos, se apartan del término medio que dicen tan bien á todas las cosas, y se desvian de la recta, cayendo como Ícaro de una gran altura sobre los más impuros lodazales de los crímenes y las pasiones.

Aquella *alegría de la buena conciencia* de que nos habla el docto y eruditísimo Fr. Luis de Granada en sus sabrosas *Meditaciones*, aquella dulce felicidad serena que pintan en sus versos tan admirablemente Rioja y Leon, no dimanar por cierto del fanatismo ardiente de la conciencia, ni tampoco de esa impiedad que puede anularla ó extinguirla por completo: á nadie se debe enseñar que rehuse tragarse un cañamon para tragarse despues un camello; la hipocresía, que es la mayor impiedad posible, nace casi siempre de estos malos hábitos contraídos prematuramente, y convertidos más tarde en asquerosa enfermedad de los corazones.

Una buena madre de familia, un buen maestro de primera enseñanza, tienen el dulce privilegio de derramar tesoros inmensos de felicidad, con solo transmitir y grabar en el alma naciente de los niños el espíritu cristiano, exhumándole directamente del Evangelio, libro de los *Siete sellos*, donde el mismo Dios ha estampado el ideal de la belleza, trazado con letras más preciosas que las estrellas que tachonan el firmamento, y las flores que esmaltan las praderas de la tierra. Los divinos misterios de la Religion, los arcanos insondables del Infinito, los dogmas de la fé, en una palabra, todo lo que la razon humana, pobre y limitada, se empeña en discutir y negar, apelando á ruines sofisterías y á sutiles *distingos*, se hacen amables á la infancia, cuando se presentan revestidos de su augusta majestad y hermosura soberana, despiertan en su fantasia sentimientos generosos hácia el Supremo Criador de todas las cosas, y concluyen por modelar y perfeccionar esa fé viva y pura de cristianismo, digna de los ángeles, y dispensadora de bienes inapreciables.

Para hacer insoportable y fatigosa á los niños la dulce piedad cristiana, basta presentarles la religion sombreada por matices siniestros, bosquejándola en

pinturas terrorosas, que llenan de pavor á las almas más valientes: no es así como se ha de despertar en su corazón la fé, ni el amor de Dios: el terror sólo consigue hacer esclavos de aquellos á quienes el mismo Dios hizo nacer liberos para que le tributen cultos y adoraciones espontáneas; á los niños les cautivan y embelesan los sonidos armoniosos, y la Religión es una musa divina, una sinfonía celestial que embriaga con sus blandos acordes. Ellos prefieren oír hablar de la gloria, á oír hablar del infierno, y gustan más de conocer al Dios bueno y misericordioso, que al Dios de la venganza.

En otro artículo seguiremos consagrando algunas observaciones á esta importante y árdua materia.

LEANDRO A. HERRERO.

SEPTIEMBRE.

SONETO.

Dulce el favonio entre la vid suspira,
Y el aura juega en su redor errante;
El céfiro le sigue, que inconstante,
De rama en rama veleidoso gira.
Su volcánico ardor lento retira
El rubio Apolo con su luz brillante,
Y en su postrer destello rutilante
La estival estación trémula espira.

De pámpanos, de frutas y laureles,
Nos ofrece Setiembre una corona,
Que adornada de mirto y de claveles
En las sienes se ostenta de Pomona;
La diosa que al Otoño da su emblema,
Ciñe la fresca y cándida diadema.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA VANIDAD.

La belleza del cuerpo «es una carta de recomendación cuyo valor dura muy poco,» si con esa belleza no guarda armonía la belleza del alma.

La vanidad principia por aturdirnos, y acaba por enloquecernos para precipitarnos en un abismo de dolores. Enamorados de nosotros mismos, nos consideramos objeto de todo aplauso, tema de todo elogio, centro de toda solicitud; somos ególatras en toda su realidad. Un hombre vano es una pesadilla; pero una mujer vana es un azote. Esta plaga social

no se alimenta del aire puro de los campos; se nutre del aire envenenado de las cortes. Y allí, donde el lujo tiene más refinamiento, y la *tolerancia social* más elasticidad, y el *alto tono* más falsos atractivos, allí encontramos la artificiosa vida cortesana, allí tiene su cielo la vanidad; allí corren *breves* horas de falsa alegría, mensajeras de largos años de verdadero dolor. Si nos propusiéramos narrar historias trágicas, argumento de trágica historia sería la vida de cada cortesano.

Si amar es la vida de la mujer, no cabe amor en la vanidad. La mujer vana «reune los defectos de la mujer ilícitamente apasionada, y amorosa ilícitamente, sin ser, como esta, digna de justificación. La mujer vana no tiene piedad, ni amor, ni virtud, ni sexo.»

Siempre alcanza su merecido la vanidad. Nuestros modernos Lovelaces son lógicos en su conducta. Hastiados del néctar quiebran la copa, y se quiebran á sí mismos, suicidándose. Y es moda del siglo XIX el suicidio. ¡Tanta luz nos ciega! Y en las sombras del sepulcro buscamos claridad más apacible.

Fais-la mourir de chagrin.

Mátela nuestro menosprecio.

On se lasse de tout, mon ange.

De todo se aburre el hombre, ángel mío.

Es un axioma que la muerte es conforme á la vida. Si hay misterios que no descubre la mirada superficial, la mirada inteligente se lanza al centro de la vida, se apodera de los misterios y explica esos misterios. ¡Cuántos que nos parecen bienaventurados, son un infierno de desventura, y ciegos de toda ceguedad, y espantados de sí mismos, suicidándose, huyen de la vida! ¡Cuántos que nos parecen desventurados sobre toda desventura, y pacientes como Job, y como Job iluminados, no huyen de sí mismos, y aguardan serenos que, tras las noches de sus dolores, lleguen las auroras de sus alegrías! Es renunciar á la ley de la vida, renunciar á la ley de Dios. Si quereis ejemplos, tomad ejemplos.

Con índole de santa vino al mundo, y creció en el mundo, rodeada de todas las grandezas, Luisa Francisca de la Baume de Blanc; madama de la Vallière. Castamente sensible, tuvo la desgracia de rendirse á la seducción de Luis XIV, del gran Luis XIV, grande en la corrupción, y grande por haber reinado en un siglo de grandes hombres para la Francia. Por lo demás, pequeño, y muy pequeño. Vana-

glorioso sin igual y sin paralelo, desvanecido, no amaba más que á su persona; su vanidad era su Dios. Á la magnificencia de tan magnífico abuelo debió Luis XVI su corona de espinas y la corona de espinas de su heroica compañera y de sus hijos desventurados.

Antítesis de Luis XIV es Luis XVI. Oponed á la vida lúbrica, soberbia, egolátrica del Gran Luis, la vida casta, humilde, patriótica, de Luis *El Bueno*. La muerte cobarde del Gran Luis, á la muerte heroica hasta la santidad, supremo grado del heroismo de Luis, el padre de la Francia. Y pareció *grande* Luis XIV en el escenario del mundo, y pequeño en el vestíbulo de la eternidad. Pareció pequeño Luis el *Justo* en el escenario de la Francia, y grande, cuando tronchó el verdugo su noble cabeza, iluminada por su noble corazón. Fué grande por su propia virtud, virtud eclipsada entre los crímenes de sus mayores. Y Luis XIV fué, como su padre, grande por virtud estraña, y pequeño por su propia virtud. ¡Siempre ha de lavarse con la sangre del justo la mancha del pecado original! ¡Es la única sangre propiciatoria! Luis XIV y la Regencia, y Luis XV, enseñaron el camino del Calvario á Luis XVI..... Pero la digresion inesperada nos estravia..... ¿Qué es de madama de la Vallière?

¡Ah! madama de la Vallière, con el alma de una Eloisa, era digna de un Abelardo; con el alma de una Isabel de Segura, era digna de un Rodrigo de Azagra. Para un alma tan tierna y tan ardorosa fué un infierno la vanidad de Luis XIV. Leed las Memorias de madama de la Vallière, y os estremecerán los dolores de aquella alma sensible, dolores que no pudieron aplacarse ni con veinte años de lágrimas y de oraciones al pié de la Cruz, en un monasterio de carmelitas..... La vanidad de Luis XIV fué un infierno para madama la Vallière.

Nada más cruel que la vanidad; cuando hay vanidad, no hay corazón. ¿Qué hay en el hombre que no tiene corazón? Y en la mujer que no tiene corazón, ¿qué hay? ¡Silencio!....

Las furias son menos terribles que los estragos de la vanidad de la mujer. No penetremos en ese abismo, porque ese abismo nos espanta. Y no nace vana la mujer; la hacemos vana nosotros. Y es de muy difícil curacion esa lepra del alma.

Y la mujer vana lleva consigo su verdugo. Hoja por hoja, pronto mira desnudo el árbol de sus pasajeras alegrías. La sigue de cerca el cansancio, y al

aburrirla el fastidio y al encontrarse sola en el escenario del mundo, es un milagro salvarse.

Fué Lola Montes; ó Elisa Gilbert, famosa cortesana ¿Qué galas pudo salvar limpias del estrépito del mundo la antes modesta Elisa Gilbert? Un ruido infausto absorbió por algunos años su rica vitalidad para abismarla en el más infausto silencio. La magnífica cortesana tuvo horas de estrépito embriagador, mensajeras de espantosa soledad. Ni los miramientos que inspira la mujer en la desgracia, ni amigas que la diviertan con los recuerdos de su antiguo esplendor, ni caridad encuentra la sin ventura en sus horas postreras, horas de soledad. Muere en la más espantosa miseria Lola Montes en Nueva-York el 17 de Enero de 1861. Desgarradora fué su agonía. Ni la piedad cristiana dulcificó su partida de la tierra. Y viéndose tan desamparada, y en trance tan duro, la que había sido objeto de tantas atenciones mundanas; viéndose objeto de todo escarnio y de todo ludibrio, en la esplosion de su conciencia, se creía rodeada de demonios y abandonada de todo el mundo. Entonces recobró el olvidado nombre de su modesta cuna, y sobre su losa sepulcral Elisa Gilbert es como el ángel custodio de los restos mortales de aquella cortesana, infeliz, como todas las cortesanas. Los que no saben amar, son indignos de ser amados; y nos parece cruel la muerte, si lágrimas de vivo afecto y de intenso amor de seres que adoramos en la tierra no nos acompañan al despedirnos del mundo.

Amemos, si queremos ser amados. Y si la vanidad ha de perdernos, huyamos de la vanidad, y que no halle refugio en nuestro corazón.

Se alimenta de caprichos la vanidad. Incapaz, hasta de gratitud, cuanto más de una verdadera pasión, no merece tampoco ningún sacrificio.

Es funesta la vanidad del hombre; más que funesta la vanidad de la mujer.

EVARISTO FOMBONA.

AL PORVENIR.

Árbitro de los mundos soberano,
A cuya voz la humanidad palpita,
¿Por qué este afán de sondear tu arcano,
Que sin cesar mi corazón agita?
¡Ah! ¿por qué no me escuchas, inhumano?
¿La ansiedad no contemplas infinita,

Con que toda ambicion en mi alma ahogo,
Cuando por mi existencia te interrogo?

¿Qué me reservas? ¿las doradas flores
De gloria escelsa, con que yo he soñado,
Ceñidas á mi sien entre fulgores
Nunca veré brillar? ¿Será trocado
Mi sueño divinal en punzadores
Abrojos, que dirijas despiadado
A herir mi alma, que feliz delira
En cielos, do la dicha se respira?

¡Oye mi acento! ¡á mi anhelar responde,
Velado *porvenir*! ¿Fúlgida y bella
En tu seno insondable acaso esconde
Su luz divina de mi bien la estrella?
¿Dónde resides? ¿dó buscarte? ¿dónde
Podré de tu existir hallar la huella?
¿Es tu patria la mar, la tierra, el cielo?...
¡Aparece ante mi! ¡calma mi anhelo!

Ese velo descorre, donde ocultas
A mi fogoso corazon el *sino*!
Yo quiero ver si ásperas é incultas
Sendas, me guardá misero el destino;
Y allá en los senos, donde tú sepultas
Del hombre débil el clamor contínuo,
Yo quiero penetrar firme y serena,
Y ver si me reservas dicha ó pena.

Porque—¡oye, *porvenir*!—allá en mi mente
Dulce recuerdo misterioso vaga
De una vision magnífica, esplendente,
Que en delicias sin fin el alma embriaga:
Aun me parece oír cuán dulcemente
Sonó su voz: aun creo que me halaga
Aquel timbre tiernísimo y sonoro,
Consuelo de las penas y del lloro.

Pulsaba yo mi lira en la floresta,
Del mundo y de los hombres alejada,
Mirando de las cumbres la alta cresta
Al purísimo cielo levantada.
Y allá á lo lejos la colina enhiesta
De pámpanos y flores tapizada
Destacarse graciosa entre las brumas,
Luciendo ufana sus bellezas sumas.

Cuando cumbres y flores y colinas
En espíritus bellos se tornaron,
Que al génio alzaban cántigas divinas
Y de alegría el alma me inundaron:
Á impulsos de sus voces peregrinas
Mis ojos dulcemente se inclinaron,
Formulando mi mente el pensamiento

De sondear tan celestial portento.

Más tú, cruzando el azulado cielo,
En forma de querub te apareciste;
Y « ¡calma, calma tu ferviente anhelo! »
Con voz sonora al corazon dijiste.
« ¡Mira! » y ¡oh dicha! ¡descorriendo el velo,
Que tu sér ocultaba, ver me hiciste
Brillar entre tus manos refulgente
La corona que guardas á mi frente!

Todo pasó: mi lira vibradora
Resonó blandamente; y, ¡ay! ¡en vano
El cielo contemplé, la mar sonora,
Y de la noche el astro soberano!
Yo no ví la vision encantadora
Que descubrió á mis ojos el arcano,
Do te miré un instante. ¿No sería
Delirio de mi ardiente fantasía?

Así el afán se acrece, con que intento
Volar. ¡Oh *porvenir*! ¿dónde resides?
¿Acaso es imposible al pensamiento
Ver cual del hombre la ventura mides?
¡Ah! por piedad, ¡concédeme un momento
Lo que me aguarda ver! ¿Por qué me impides
Saber si el vaticinio del querube
Solo de un sueño fué rosada nube?

ISABEL POGGI.

LA LITERATURA EN LA MUJER.

(Continuacion.)

I.

ROGELIA LEON.

Ella ama tanto la soledad, que jamás la vereis en un paseo público: el recogimiento y la modestia, naturales y propios en una jóven bien nacida, la replegan al fondo de su hogar, no habiendo pisado jamás esos centros de reunion, donde apenas hay señoras, y las pocas que las frecuentan son llevadas de un amor propio exagerado y de una inmodestia ridicula.

Rogelia Leon es la personificacion viva y elo-cuente del pudor y la moralidad, y consagra todas las horas de su vida á sus ancianos padres, encontrando más placer en las palabras tiernas y cariñosas que estos la dirigen, que en las lisonjeras y vanas alabanzas que pudieran murmurar á su oído los almibarados galanes que rodean doquiera á la jóven casquivana que corre de reunion en reunion,

abandonando su deber por buscar la adulacion y los placeres.

La pureza de su alma y su inmaculada virtud se reflejan en todos los actos de su vida, tanto, que desde su edad mas tierna se admiraron en ella los sentimientos más bellos y generosos.

Apenas tenia siete años, y ya se detenía á las puertas de los templos, y mirando á los pobres que habia colocados á la entrada, decia á su excelente madre, que la llevaba de la mano: «Mamá, ¿no ves cuánta gente pasa, y ninguno ofrece una miserable moneda á esos infelices? Dales tú, ya que nadie repara en ellos..»

En una ocasion en que su madre estaba enferma, entregó á Rogelia los intereses para que llevara el gasto diario; pues, aunque de corta edad, su inteligencia y disposicion eran admirables; pero bien pronto tuvo que retirar á la niña este cargo, viendo que todo lo invertia en dar limosnas, cuidándose apenas de sí misma, y economizando hasta las cosas más precisas á la existencia; por hacer bien á cuantos desgraciados la imploraban, sobre todo á los niños, ciegos, ó ancianos.

Cuando alguno de su familia está enfermo, se la ve constantemente á la cabecera de su lecho como una sombra benéfica en las horas de la noche, sin que sus pasos hagan ruido ni se perciba su aliento entrecortado por la vigilia y el dolor.

Así sus padres y hermanos la aman con tal delirio, que les seria imposible sobrevivir á su pérdida. Es el cielo que refleja en el techo paterno; es más que el aliento, es el aire, el sol y la luz para su familia, que mira en ella un ángel de amor, que se sacrificaría, si fuera necesario, para hacer la felicidad de sus padres y hermanos. Ella comparte su cariño entre ellos y los pájaros y las flores, á las que tiene una aficion extrema, y sobre todo á los libros.

Sus pensamientos son filosóficos, profundos; así lo aseguran personas de razonado criterio, que han leído sus artículos científicos, distinguiéndose los que llevan por título; *El verdadero talento, La amistad, Los celos, La envidia, El llanto, El pueblo*, y otros muchos.

Hombres de nombre y letras, la consultan por su instruccion y talento, así como la respetan y aman por sus evangélicas virtudes y su angelical modestia.

El que haya leído sus obras, la reconoce apenas la habla por primera vez. Es uno de aquellos seres que, como dice Lamartine, despues de conocidos

pueden desafiar á que se les olvide. ¡Ah! no es posible olvidarla, porque la ternura de su acento y lo dulce de sus palabras, suenan siempre en el oido como una música embelesadora.

Es melancólica y reflexiva; en el seno de su familia y en sociedad muy fina; y risueña y con ese tacto particular de quien conoce perfectamente el corazon humano, sabe tocar las fibras de cada uno y restañar las heridas sin que se aperciban de ello.

Indulgente y bondadosa, siempre encuentra disculpa para los defectos de sus amigos ó estraños, siendo en extremo severa con los propios.

Aunque su sensibilidad es tan esquisita, que con frecuencia se la vé derramar lágrimas á la vista de la menor desgracia, posee una energía varonil para sostener sus resoluciones y para conservar su dignidad y su decoro sin la más pequeña sombra.

Esa delicadeza de instinto y esa altivez de pensamientos solo pueden poseer las que, como Rogelia, tengan un alma elevada y poética, la que sienta en su pecho el germen de la inspiracion, emanada de la fuente de todas las grandezas, del Trono escelso de Dios.

Por eso la que sienta brotar en su mente el fuego sacro de la poesia, debe elevarse sobre las miserias humanas, y hacerse amar y respetar de sus semejantes, para hacerles comprender que bajo este punto de vista es conveniente y necesaria la literatura en la mujer, porque ella la eleva, la engrandece, y presta á su alma ese perfume bendito que se aspira en torno de la mujer virtuosa, cuyo corazon es manantial inagotable de indulgencia y bondad.

Proseguiré hablando de Rogelia, pues aunque en mis artículos no me he propuesto hacer la biografía de las poetisas, sino hacer conocer sus méritos y virtudes, sin embargo haré ligera mencion de sus obras y los triunfos que hayan adquirido por su génio, despues de dar á conocer convenientemente sus sentimientos.

Para Rogelia, una palabra empeñada solo puede romperse con la muerte. «¡Jamás he jurado!» ha dicho más de una vez, á pesar de que el jurar es muy fácil, y ¿por qué? porque el prometer debe ser lo mismo que dar. Palabra que lleva el viento jamás se recoge, pero es una villanía no cumplirla.

Gusta mucho hablar con los niños y los ancianos, porque el perfume de la inocencia de los unos le embriaga, y la sabiduría y esperiencia de los otros, la enagena.

En sus conversaciones más sencillas, se nota una profundidad admirable; no se habla un momento con ella sin aprender algo útil: pero su talento está revestido de una familiaridad y llanezas, que deja percibir claramente lo ajena que está su alma elevada del orgullo y la presunción.

Jamás ha conocido lo que vale, y quizá en eso consiste su principal mérito. Los borradores de la mayor parte de sus obras, permanecerían en su biblioteca, si sus amigos no la estimulasen á darlos á luz.

—¿Por qué no publicas tus trabajos? la dijo un día un amigo.

—Los publicaría si supiese que había de hacer algún bien á la humanidad.

—¿No quieres laureles?

—No creo hermosear jamás mis sienes con su gloriosa sombra.

A poco tiempo, sin embargo, la coronaba de laurel y oro el público entusiasmado en el estreno de su lindísimo drama *Fanny la escocesa*, y alfombraba sus plantas con las perfumadas flores de los cármenes del Dauro y de la Alhambra.

Un día en que una turba de mujeres se alzó en motin dando voces espantosas por la calle con motivo de la carestía del pan, las vió desfilar por debajo de sus balcones, y sus ojos se llenaron de lágrimas por la emoción que la causó este espectáculo. Al mismo tiempo vió que un oficial, á la cabeza de algunos soldados, ya rendido de sostener el oleaje del hambriento pueblo, las intimaba para que se rindiesen; entonces ella, revestida de una energía sobrenatural, dijo con un acento que hubiera contenido á un ejército de fieras:

—¡Quietos, soldados! ¡Quietos! ¿No veis que piden pan para sus hijos?

Este solo rasgo y su inagotable caridad, pintan suficientemente la grandeza de su alma, y se la oye decir con frecuencia:

—Amo á los pobres porque su paciencia y humildad me representan á Jesucristo; y la altanería de algunos poderosos, á Luzbel luchando contra su Dios.

Así es que se desvela por hacer bien, y siempre calla sus generosas acciones.

Como toda imaginación que alcanza mucho, no puede ser feliz con las frivolidades, que son otras, y haya únicamente su placer en sembrar en torno suyo la paz, la tranquilidad y el consuelo entre

los tristes, y el beneficio entre los pobres desvalidos.

Se puede decir que existe para los demás, estando muerta para sí misma.

Es tan delirante y profundo el cariño que profesa á su tiernísima madre, que jamás se separa de su lado, sacrificándolo todo por disfrutar esta inmensa felicidad. «Solo la muerte podrá separarme de la madre de mi alma», repite varias veces; y Rogelia dice lo que siente, no es como muchas personas, cuyas palabras están en contradicción con sus acciones.

Si encontrárais á madre é hija en la calle, no os será difícil conocerlas con lo que os voy á decir. En el rostro de Rogelia brilla la hermosura de su alma, la única duradera, y la única también que en mi concepto debe buscarse entre las criaturas. Su mirada y su fisonomía son tan simpáticas y espresivas, que atraen más que todas las bellezas imaginables. Su estatura es mediana: su talle delgado y esbelto: su andar elegante: su color puede llamarse blanco, porque el tinte moreno que tiene es ligero en demasía: sus cejas negras: sus cabellos negros también, poco espesos, pero sedosos y brillantes: sus ojos, de un color azulado oscuro, revelan la espresión de todo lo que siente su alma.

Segun uno de sus amigos, tiene tantas fisonomías como sentimientos la agitan.

Su madre, que siempre va apoyada en su brazo, es de corta estatura, blanca, ojos azules y dulcísimos, y animados de continuo sus labios por una sonrisa de inefable bondad. Es más bella que su hija, á pesar de sus años y sus padecimientos; pero no más interesante.

Como nunca se separan, al encontrarlas las conocéis, como los tipos que os presento. ¡Oh, y qué lástima que no podamos verlas en la Corte!... ¡Es un grupo tan encantador el de una jóven que lleva del brazo á los autores de sus días....!

Toda alma sensible no podrá menos de sentir cierta simpatía por la virtuosa niña que así procede, exclamando al mirarla pasar: «¡Es un ángel que guía los pasos de la venerable ancianidad....!»

Á semejanza de su madre, Rogelia viste casi siempre de negro; y con este traje y la ternura de su acento, parece una Hermana de la caridad; y así puede llamársela, porque sus composiciones todas llevan un principio moral y religioso.

La mayor parte de sus escritos son artículos sueltos, que han reproducido casi todos los periódicos de España, y aun del extranjero. Si os fuese á ci-

tar de los que es colaboradora, sería una tarea demasiado larga, así como los Liceos de que es sócia de mérito. Puede decirse que en cuantas esposiciones literarias se hacen, es invitada por su nombre y por su génio.

Su coleccion de novelas, pueden llamarse más bien compendios de moral filosófica: cada párrafo es una leccion ó una sentencia. El que haya leído su *Fantasia del Sueño*, sus *Rosas Blancas*, *La Cartera*, *Emiliana*, *Margarita* y otras que no recuerdo y sería difícil enumerar, no solo conocería en ella una imaginacion fecunda, sino un espíritu grande y emprendedor; empero donde brilla con toda su elevacion, es en su libro de poesías titulado *Auras de la Alhambra*. Allí la encantadora granadina vertió á torrentes raudales de ciencia y de armonía.

Solo bajo la bóveda del cielo de la poética Granada pueden concebirse pensamientos tan gigantes-cos y sublimes; y solo una mujer que cual Rogelia sintiera en su alma un fuego santo de la virtud, podría espresarlos, y comprender todo el sentimiento y bondad que encierran aquellas composiciones, las que revelan su noble corazon y su amor á los pobres y á los desgraciados. Leed si no *El Niño Huérfano*, *La limosna*, *El negro Plácido*, *Los delirios de una ciega*, y otra porcion que describen la desventura ó la pobreza, con unos coloridos difíciles de imitar.

Rogelia no busca sus tipos en la grandeza ó la felicidad; para sentir amor ó simpatía por un sér, necesita creer que es desgraciado. Muchas veces repite los versos del sin igual Arolas, cuando dice:

Busca, hijo mío, tu amor
En quien sepa de dolor
Y en sus lágrimas confía.....

Ella cree con firmeza que los grandes efectos solo pueden concebirse entre los corazones que sufren igualmente. No hay duda de que su alma es grande, y que un camino de gloria la conducirá á la inmortalidad; empero su virtud es más hermosa que su talento; la sencillez de sus costumbres y la pureza de su alma, la convierten en un ángel que tiende sus benéficas alas sobre cuantos la rodean.

Y no se crean exagerados mis elogios: solo hago justicia á su mérito. Para probar que la imparcialidad guía mi pluma, diré á mis lectores, que únicamente conozco á Rogelia por la fama de sus virtudes y su talento. Jamás tuve el placer de estrechar su mano entre las mías, y sin embargo, la amo con todo

mi corazon, porque es la gloria de nuestro sexo, y su nombre honra á las suscriptoras españolas.

Los datos que me han servido para escribir este artículo, los debo á los amigos de Rogelia, que la han admirado en diferentes ocasiones de su vida.

No hace muchos días escuché de boca de uno de ellos estas notables palabras:

Usted sabe, me decia, que la madre de Rogelia sufre frecuentes ataques que la ponen al borde del sepulcro: pues bien; en el último que padeció tuve el placer de acompañar á la desconsolada familia muchas horas, y observé la ejemplar y edificante conducta que la distinguida poetisa usaba con su madre. Parece imposible que una criatura tan débil y delicada, llevase cuarenta noches sin apartarse de aquel lecho donde tenia fija la vista y el corazon. Ni un solo momento consintió la sustituyeran en el cuidado de la enferma, llevando por sí sola el grave peso de tan sagrada obligacion.

¡Ah! la mujer que hace esto, la que de tal manera comprende y cumple sus deberes, bien merece las alabanzas y el aprecio de las personas sensatas.

Ahora bien; los que critican á las poetisas, los que juzgan á la literata como un mal, figurándose no pueden ser buenas esposas y buenas madres, que contemplen á Rogelia al pié de aquel lecho de muerte; que la contemplen en el curso de su vida, que ya dejó referida, y me dirán si la literatura en la mujer es conveniente y necesaria para adornarla, enaltecerla, é inspirar en su alma esa sensibilidad, esa delicadeza de sentimientos, esos instintos grandes y sublimes que solo pueden brotar de un corazon poético y hermoso, ageno-á las mezquinas pasiones de orgullo y vanidad, que son el distintivo de muchas criaturas vanas y superficiales, y que podrían ser bellas y adorables si la poesía llenase sus espíritus, desterrando con su mágico esplendor los ridículos defectos que son inherentes á la ignorancia y al amor propio.

Si todas las que se llaman poetisas imitasen la conducta de Rogelia, y de otras virtuosísimas escritoras, que ocuparán un lugar en mi *Galería*, lejos de servir de tema para artículos satíricos y crearse antipatías por sus ligerezas y exageraciones, obtendrían el aplauso general, la consideracion y el respeto de todo el mundo, y el amor de sus familias, que mirarian en ellas sus ángeles salvadores. Entonces nadie diria: «La literatura es perjudicial en la mujer,» sino: la literatura es conveniente para formar de la mujer

una hija ejemplar, una esposa modelo y una madre tiernísima.»

Esta es la verdad: el mal de esa opinion absurda está en las que, demasiado ligeras y poco previsoras, se han lanzado en brazos del azar, haciendo de la literatura una profesion, y abandonando el recogimiento de la dama bien nacida por acudir á los centros donde los hombres tienen sus acaloradas y políticas discusiones.

Si la poetisa desea obtener un concepto digno y honroso, no debe olvidar que antes que literata es mujer, y debe cumplir sus deberes de tal.

En España todavía es una ilusion, un sueño, el querer hacer de la literatura una profesion; para ello seria necesario nos educasen de otro modo, á imitacion de otros países; y no es probable suceda, porque eso consiste en el génio, en la índole especial de cada nacion, y los españoles no tienen génio para consentir que sus mujeres pasen el dia en el bufete y desatiendan sus obligaciones y su casa.

Así, pues, debe considerarse la literatura en la mujer como un adorno, como una distraccion útil y agradable en sus ratos de ocio, y de este modo, conservando siempre su dignidad, llegará á mirarse á las escritoras como un bien inestimable, siendo respetadas por todo el mundo, adoradas por sus familias, y sus hermosas frentes podrán ostentarse con noble orgullo, ornadas, cual la de Rogelia, con la doble aureola del génio y la virtud.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EL ECO Y EL MALHECHOR.

De horrible terror cubierto,
una noche tenebrosa,
por sierra inculta y fragosa
iba huyendo un criminal:
agitando el paso incierto
cerca de hondo abismo, loca
maldicion lanzó su boca
y un gemido funeral.

Y los ecos,
que le oian,
de las breñas
en los huecos,
sus palabras
repetian
con temblor.

Él, oyendo
funerarios
los gemidos
de los bosques
solitarios
emitidos,
tuvo horror;

y así fiero se quejaba,
mientras el eco resonaba
y acrecia su pavor (1).

MALHECHOR. ¿Quién conocerme consigue
do la sombra el monte llena?
¡Vive Dios! soy una hiena,
¡y hay quien audaz me persigue!...

Sigue!...

MALHECHOR. Seguiré.— ¡Ya roto de ira
tengo el corazon valiente!
Más tu voz dura y doliente
no me acobarda; ¡me admira!

Eco.

Mira!

MALHECHOR. ¡Otra vez! ¡Oh suerte infanda!
¿Puede hallarme acaso alguno?
¡Será fantasma importuno
el que atrevido me manda!

Eco.

Anda!

MALHECHOR. Tus palabras dan consuelos,
pues van á un triste guiando;
más si me vienen buscando,
correré, ¡viven los cielos!

Eco.

Élos!

MALHECHOR. ¡Ya vienen!... ¡Pobre de mí!
Tras este árbol corpulento
voy á esconderme un momento:
no me encontrarán así.

Eco.

Si.

MALHECHOR. ¡Oh! ¡el peligro me circuye!...
¡y caer preso en sus manos!
Si alguno de esos tiranos
con armas el paso obstruye!...

Eco.

Huye!

MALHECHOR. ¡Huir!... ¡De rabia me abraso!
¿Por qué de mí no te apiadas?
Si te veo, á puñaladas
el corazon te traspaso!

Eco.

Paso!

(1) Dialogar las poesías, siendo interlocutores una persona y un eco, me parece recordar que fué bellísima invencion de Zorrilla. Tal vez me equivoque.

MALHECHOR. Ya paré; más la insolencia
castigaré del que llegue.
Aunque en su sangre me anegue,
mi juez solo es mi conciencia!

Eco. *Ciencia!*

MALHECHOR. ¿Quién eres?... ¡Yo desatino!
¡pareces predicador!
¡Si yo nací malhechor,
culpa solo á mi destino!

Eco. *Tino! (1)*

MALHECHOR. Tino... ¡verás si me arrojo
sobre tí con el puñal!
Otro crimen... ¡es igual!
¡yo del crimen soy despojo!

Eco. *Ojo!*

MALHECHOR. ¡Ah! ¿vuelven?... ¡Cosa tan rara!...
Sin duda eres buen amigo.
Por si librarme consigo,
saber tu nombre anhelara.

Eco. *Lara.*

MALHECHOR. Perdon, si soy importuno:
voy á ocultarme en tu casa,
y avisarás tú, si pasa
quizá buscándome alguno.

Eco. *Uno.*

MALHECHOR. ¿Uno?... pues corro hácia tí:
te colmaré de dinero:
que no hay otro bandolero
con más joyas... ¡Ah! *cai!*...

Eco. *Ahi!...*

Y «*Ahi!... ¡ahi!...*» repitiendo
siguió el eco pavoroso
en el abismo horroroso,
do pereció el criminal!
Recordó delito horrendo,
que turbó su inteligencia;
porque ¡ah! siempre la conciencia
verdugo es del que obra mal.

Segovia, Mayo de 1853.

ILDEFONSO LLORENTE FERNANDEZ.

MARIQUILLA LA IDIOTA.

(Continuacion.)

—Pero ninguna decia: Es la muerte que ha caído sobre alguna de sus víctimas y se la lleva sin permiso de las comadres, y sin aguardar á que se les comunique la noticia.

El sitio donde íbamos estaba lejos del pueblo: era en un caserío, colocado en el más delicioso lugar que puede darse.

Cruzamos por la hermosa vega, llena de frescura y ambiente matutino, y un suave perfume de muchas plantas reunidas y regadas á la vez por el rocío del cielo, vino á inundar nuestra alma con un blando mensaje de ventura.

Anchas cintas encarnadas coloraban el horizonte, y unas ráfagas amarillas como el pecho de un canario se dejaron verdetrás de los abedules del monte y de los olivos de sus faldas.

Por entre los matorrales de las sierras vecinas se distinguían algunos pastores, llevando delante de sí las melenudas ovejas, orgullosas con sus rizadas pieles, y llenas de alegría porque iban á disfrutar la belleza de los campos.

De lejos distinguí el caserío, metido entre preciosos árboles lombardos, como la jaula de un ruiseñor entre los tomillos con que le adorna su señora.

En una de las ventanas de aquel edificio campestre distinguí un hombre vestido de negro.

Tenia un blanco pañuelo en sus manos, y de vez en cuando le llevaba á los ojos como si los tuviese presa de alguna enfermedad, ó restañase lágrimas de un dolor profundo.

Cuando me fuí acercando á aquel lugar, vi que la cabeza era de un hermoso jóven, y que lloraba mucho.

—¡La que va á morir será su madre! dije enterrecido á mi corazón, y este empezó á latir con fuerza, porque quería también llorar lleno de emoción.

—Yo le contuve con trabajo, y aligeré mi marcha con un tierno interés.

Muchos hombres se me habían reunido, porque siempre la Cruz y la Eucaristía tienen amantes y prosélitos, y yo creo que todos iban conmovidos y rezando por lo bajo alguna oración.

Cuando llegamos á las puertas del caserío, algunos hombres salieron á recibirnos con velas encendidas cuya brillantez no percibíamos, porque

(1) El mejor reproche de lo que dice el *Malhechor* es lo que contesta el *Eco*. El hombre es libre, y, por lo mismo, responsable de sus acciones. Atribuirles á la *fatalidad* es un absurdo impío.

(I. L. F.)

las apagaban los rayos del sol, que habia asomado al fin por lo alto del monte.

Un jóven alto, pálido en demasia, y con unos ojos negros y rasgados, salió delante de todos á recibirnos.

En seguida conocí era el que lloraba momentos antes en la ventana.

Un anciano le seguia cabizbajo y sombrío, que parecia ser su padre, y despues toda la gente de la casa, llenos todos al parecer de consternacion y duelo.

Pasamos un terreno de huerta, rodeado de vistosos sembrados y grandes parrales; cruzamos una vereda, á cuyos extremos crecian las moreras y los avellanos, y entramos en una esplanada grande, en cuyo centro habia un hondo pozo y una noria, á cuyos alrededores estaba recostado un perrazo grande, color de ceniza y blanco.

Al ruido nuestro y á la vista de tantas personas desconocidas, el perro dió un salto, y empezó á ladrar con fuerza.

El jóven del vestido negro se llegó al irritado animal, y pasándole la mano por el lomo, le dijo:

—¡Calla, Brik, que estos señores son amigos!

El gran perrazo dió dos ó tres vueltas, no sin mirar antes fijamente los ojos de su amo, y se volvió á echar tranquilo, como el valiente guerrero que creyó oír la corneta de batalla, y luego se convence que ha sido un sueño nada más.

Por fin, llegamos á un gran patio con algunos asientos de piedra, y un descanso prevenido para mí sin duda, que constaba de una mesa con damasco encarnado hasta el suelo, y un cojin ó reclinatorio donde arrodillarse.

Coloqué las Formas divinas en la mesa, y yo me postré fervoroso, más bien á orar que á disfrutar el descanso; pues la melancolía del jóven enlutado habia enternecido mucho mi corazón.

Despues de orar arrodillados todos como yo, seguimos hasta encontrar una ancha escalera de peldaños gruesos y regada toda de yerbas olorosas y florecillas silvestres que crugian bajo nuestras plantas.

Llegamos á un dismantelado corredor, en cuyos arcos habia otros arcos hechos de ciprés, pendiendo de cada uno de ellos una lamparilla ardiendo.

Se conocia que los habitantes de aquella casa eran cristianos verdaderos, y que habian hecho más esfuerzos que lo que permitia su estado doloroso para recibir el divino manjar que les traian.

Despues de este corredor, se entraba en una pieza cuadrada, cuyas paredes vestidas de cortinas de estambre ó lana finísimas, de color azul, tenian en los cuatro testeros principales cuadros con grandes rosetones dorados, que representaban escenas sagradas, y el Misterio de la Santísima Trinidad.

Dos ó tres mesas é igual número de rinconeras, sostenian urnas ó jarros con flores, y el pavimento, que era de antiguo ladrillo, formando labor puntiaguda de la mayor igualdad y simetría, tambien tenia, por el sitio que habíamos de cruzar, resedan oloroso, tomillo, romero, y otros aromas que, mezclados, formaban un conjunto apacible, suave y delicioso á la vez.

Frente á esta pieza, unas cortinas blancas con coronacion color de grana cerraban el aposento donde estaba sin duda la enferma, pues habia algunas mujeres silenciosamente afligidas y llorosas que se arrodillaron apenas nos vieron pasar.

Una entre todas se distinguia por su venerable aspecto, su cabeza coronada de blancos cabellos, su mirada sensible y espresiva, y el traje de seda negro que crugia al arrodillarse, con el aristocrático ruido que crugen los de las señoras de las grandes ciudades.

Aquella mujer sufria mucho; y despues de mirarme con respeto, é inclinar la cabeza hasta tocar el suelo, fijó su inteligente y limpia mirada en el rostro del enlutado, é hizo un gesto que queria decir:

—¡Confórmate y bebe el cáliz de la amargura, como lo beben los verdaderos cristianos.

El jóven correspondió á aquella mirada con otra de agradecimiento, y se esforzó porque asomase á sus lábios una sonrisa de conformidad.

Yo oprimí dulcemente el cáliz entre mis manos y envié una plegaria al Señor por la resignacion de aquellas almas.

La cortina se abrió y penetramos en una alcoba sombría y grande como la pieza anterior, pero cubierta de una techumbre de vigas negras, formando bovedillas, que la daban una tristeza mayor aun.

En uno de los testeros se habia erigido un lujoso altar, con un Nazareno de talla, hecho con la más esquisita propiedad, y cuyos ojos despedian conformidad y mansedumbre.

La señora de los cabellos blancos señaló el hermoso Nazareno al jóven, y tambien creí comprender que queria decir:—¡Más sufrió Él por nosotros!

En el testero principal de la pieza estaba el lecho de la paciente vestido de blanco, como las alas del cisne sobre el lago tranquilo.

Sobre finísimas almohadas descansaba la hermosa cabeza de un ángel.

Era una enfermiza niña como de quince á diez y seis años, cuyos labios parecían hojas de azahar por su palidez estremada, y sus mejillas dos blancas camélias descollando sobre un panorama de nieve.

Yo ví aquella cabeza casi infantil envuelta entre Holanda y finísimos encajes, como pudiera ver la de un querube celestial cuando asoma entre las nubes donde se apoya el aéreo ropaje de la Ascension, en su gloriosa subida á los cielos.

Una especie de túnica blanca cubría modestamente el seno de la jóven, que parecía no respirar siquiera.

—¡María!—dijo la venerable anciana, como para despertar de su letargo á la jóven.

Á aquella voz tierna, la enferma se sonrió con dulzura; pero no abrió los ojos.

—¡María! volvió á decir la noble señora.

La paciente volvió á sonreír angelicalmente.

Parecía que soñaba

—¡María! dijo una voz varonil, pero casi entrecortada por los sollozos; era la del jóven enlutado.

—La niña se estremeció, y su rostro se puso con un tinte de violeta.

—La señora apartó á su hijo suavemente del sitio que ocupaba cerca de María, y cogiendo una mano de esta entre las suyas, la estrechó cariñosamente, y aun creímos ver que la llevó á sus labios.

La enferma entonces abrió penosamente los ojos; miró en rededor con estravio, sacudió la cabeza dos ó tres veces á un lado y á otro como si quisiera dejar una pesadilla que la atormentase, y por último fijó su mirada en mí con un anhelo singular.

Cuando se convenció que vestía ropas sacerdotales, y que era un ministro del Señor, no puede describirse la espresion singular que tomó su cadavérico semblante.

Se incorporó con respeto cuanto pudo, juntó ambas manos sobre el pecho formando cruz, y con una voz casi imperceptible que parecía salir del sepulcro, pero cariñosa y suave á la vez, exclamó con cierta alegría celestial: ¿Venís ya por mí, padre mio?

—Por toda contestacion inclinó la cabeza sobre el pecho, y estendí mi brazo hácia el altar donde estaba el hermoso Nazareno.

Ella llevó la mirada en direccion á mi brazo, y exclamó más animosa que antes:

—¡Vos teneis que conducirme hasta ese lugar, padre mio!

Y mirando en derredor, como quien desea que nadie le escuche, hizo un gesto cariñoso de humilde súplica á los que nos rodeaban.

Al pasar su vista por la del jóven del vestido negro, se fijó un momento con espresion amorosa, y dijo:

—¡Aurelio! ¡ha llegado la hora! ¡dispensadme vos, dispensadme todos que desee entregar á solas mi espíritu en manos de este venerable sacerdote, para que le envíe purificado hasta el trono de Dios!

—Los ojos de Aurelio se empañaron por algunas lágrimas, y los cerró dolorosamente para que nadie comprendiese este llanto; pero cayó sobre el corazón de dos mujeres, su madre y María.

Aquella buena señora se acercó al jóven, cogió su brazo con majestad, y se salió del aposento.

Todos le siguieron menos el padre de Aurelio, que aguardó á que desapareciesen para acercarse á la enferma, y dando sollozos que no pudo contener, la dijo:

—No te despidas de este pobre anciano, hija mía.

Y cayó anonadado sobre las almohadas de la moribunda.

Esta se sentó de repente con una firmeza admirable, y cogiendo la cabeza del anciano entre sus brazos demacrados, pero cubiertos con el lienzo de su finísima túnica, empezó á besar tiernamente los blancos cabellos de aquella cabeza venerable.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

ESPLICACION DEL GRABADO DE CROCHET.

Con este número recibirán nuestras suscriptoras un lindísimo dibujo que pueden ejecutar á crochet, ó en malla: puede servir para cubierta de sillones, almohadones ú otros varios usos á que pueden aplicarle las señoritas inteligentes y laboriosas.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.